

Stefan Zweig

Los ojos del hermano  
eterno  
Amok

Traducción de Eduardo Gil Bera



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

# Título original: *Die Augen des ewigen Bruders: Eine Legende. Amok*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Eduardo Gil Bera, 2024

© Alianza Editorial, S.A, Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-589-0

Depósito legal: M. 51-2024

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Los ojos del hermano eterno
- 67 Amok



# Los ojos del hermano eterno

Ni siquiera evitando toda acción se consigue la inacción, pues nunca es posible permanecer un solo instante sin acción.

*Bhagavadgita: El canto del bienaventurado,*  
III, 4-5.

¿Qué es acción? ¿Qué es inacción? Es algo que confunde al propio sabio. Porque hay que entender la acción. Hay que entender la acción prohibida. Y también hay que entender la inacción. Porque en lo intrincado de la acción hay un misterio profundo.

*Bhagavadgita: El canto del bienaventurado,*  
IV, 17.



*Ésta es la historia de Virata, a quien su pueblo glorificó con los cuatro nombres de la virtud, pero de quien nada se escribió en las crónicas de los gobernantes, ni en los libros de los sabios, y cuya memoria la gente olvidó.*

En los años anteriores a que habitara en la tierra el sublime Buda y derramara la iluminación del conocimiento sobre sus servidores, vivía en el país de los de Birwagh, bajo el rey Rajputas, un noble, Virata, al que llamaban «el rayo de la espada», porque era un guerrero más audaz que todos los demás, y un cazador cuyas flechas jamás fallaban, cuya lanza nunca se blandía en vano y cuyo brazo caía como un relámpago con el ímpetu de su espada. Su frente era despejada y su mirada se mantenía firme ante las preguntas de los hombres; jamás se vio su mano

apretada en un puño malvado, ni se oyó su voz gritar presa de la ira. Servía con fidelidad al rey, y sus esclavos le servían a él con respeto, porque en las cinco corrientes del río no se conocía a nadie más justo que él. Los piadosos se inclinaban al pasar ante su casa, y los niños sonreían ante el fulgor de sus ojos en cuanto lo divisaban.

Pero sucedió que la desgracia se abatió sobre el rey al que servía. El hermano de la esposa del rey, al que éste había nombrado administrador de la mitad de su reino, codició la totalidad, y secretamente sobornó con regalos a los mejores guerreros del rey para que le sirvieran a él. Además, persuadió a los sacerdotes para que le entregaran las garzas sagradas del lago, que habían sido desde hacía milenios un símbolo de la soberanía en la estirpe de los de Birwagh. El enemigo organizó en formación de campaña a los elefantes y las garzas, reunió a los descontentos de las montañas en un ejército y emprendió la marcha amenazadora contra la ciudad. El rey hizo sonar los címbalos de cobre y tocar los blancos cuernos de marfil desde el alba hasta la puesta del sol. Se encendieron fuegos en las torres y se arrojaron a las llamas escamas de pescado trituradas para que relumbraran amarillas bajo las estrellas, como señales de emergencia.

Sin embargo, acudieron muy pocos. La noticia del robo de las garzas sagradas pesaba en el ánimo de los jefes y los había vuelto miedosos. El jefe



supremo de los guerreros y el guardián de los elefantes, que eran los generales de mayor prestigio, ya se habían pasado al bando enemigo. El rey abandonado buscaba en vano amigos en su entorno, pues había sido un soberano implacable, estricto en la aplicación de la justicia y cruelmente exigente a la hora de las prestaciones personales. Y no vio ante su palacio a ninguno de los capitanes experimentados, ni de los generales de campaña, sino sólo una multitud desconcertada de esclavos y siervos.

Al verse en ese trance, el rey se acordó de Virata, quien le había hecho llegar su mensaje de lealtad al oír la primera llamada de los cuernos de marfil. Ordenó que preparasen la litera de ébano y lo condujeran a su casa. Cuando el rey descendió de la litera, Virata se inclinó hasta tocar el suelo, pero el rey lo abrazó como un suplicante y le rogó que dirigiera el ejército contra el enemigo. Virata se inclinó y dijo:

—Lo haré, señor, y no volveré a esta casa hasta que el fuego de la rebelión se apague bajo los pies de tus siervos.

Reunió a sus hijos, parientes y esclavos, se sumó con ellos al bando de los leales y los organizó para la expedición guerrera. Marcharon a lo largo de todo el día a través de la espesura hasta el río, en cuya orilla opuesta se habían reunido los enemigos en un número infinito, alardeando de su multitud y talando árboles para construir un puente

que atravesarían como un torrente a la mañana siguiente para inundar de sangre el país.

Pero Virata conocía, de la caza del tigre, un vado aguas arriba del puente. Cuando reinó la oscuridad, condujo a los leales, uno a uno, a través de la corriente, y por la noche cayeron de improviso sobre el enemigo dormido. Agitando antorchas de brea ardiente, espantaron a los elefantes y los búfalos, que aplastaron en su desbandada a los que dormían. Y de sus tiendas se alzó el resplandor de una gran llamarada. Virata fue el primero en asaltar la tienda del antirrey. Y antes de que los dormidos se despertaran sobresaltados, ya había abatido a dos con la espada, y al tercero, cuando se incorporaba para empuñar la suya. Al cuarto y al quinto los venció en combate singular en la oscuridad, a uno le abrió la frente y al otro le atravesó el pecho todavía desnudo. En cuanto yacieron en silencio, sombras entre sombras, se plantó frente a la entrada de la tienda para oponerse a cualquiera que pretendiese pasar para salvar el símbolo del dios, las garzas blancas. Pero no vinieron más enemigos. Corrían con un pánico desatado y tras ellos iban los siervos victoriosos gritando de alegría. Los derrotados pasaron huyendo y se alejaron más y más. Entonces Virata se sentó tranquilamente ante la tienda, con las rodillas plegadas y la espada sangrienta en las manos, y esperó hasta que los compañeros regresaron de su cacería fogosa.

Apenas transcurrió un breve lapso de tiempo cuando el día del dios se despertó detrás del bosque. Las palmeras ardieron en el rojo dorado de la mañana y centellearon como antorchas en la corriente. El sol irrumpió ensangrentado como una herida de fuego al este. Entonces Virata se levantó, se despojó de la túnica, caminó hacia el río, alzó las manos por encima de su cabeza y se inclinó rezando ante el ojo relumbrante del dios. Luego se adentró en la corriente para la ablución sagrada y la sangre fluyó de sus manos. En cuanto la luz rozó su cabeza en una ola blanca, regresó a la orilla, se envolvió en su túnica y se encaminó de nuevo hacia la tienda con el rostro resplandeciente para contemplar en la mañana las hazañas de la noche. Los muertos yacían con sus rasgos rígidos mantenidos por el terror, los ojos abiertos y los ademanes descompuestos. El antirrey, con la frente hendida, y el desleal, que había sido general en el país de los de Birwagh, con el pecho cubierto de sangre regurgitada. Virata les cerró los ojos y siguió adelante, a ver a los otros que había abatido mientras dormían. Dos rostros con cabello lanudo y tez oscura que le resultaban desconocidos yacían en el suelo, aún medio tapados por sus esteras, eran esclavos del corruptor del sur del país. Pero cuando volvió hacia sí el último rostro, todo se oscureció ante su mirada, porque era su hermano mayor, Belangur, el príncipe de las montañas, al que había llamado en petición de ayuda y al

que, sin saberlo, había matado con sus propias manos en la noche. Tembloroso, se inclinó hacia el corazón de su hermano acurrucado. Pero ya no latía, los ojos abiertos del golpeado por la espada estaban rígidos y sus negras pupilas le perforaban el corazón. Entonces se encogió del todo el ánimo de Virata, y se sentó como un difunto entre los muertos, desviando la mirada, para que los ojos de quien su madre trajo al mundo antes que a él no lo acusaran por su acción.

Pero enseguida vinieron de vuelta las exclamaciones de júbilo y, como aves rapaces exultantes por la persecución, los siervos se acercaron a la tienda, cargando el rico botín con el mejor de los humores. Al encontrar al antirrey muerto en medio de los suyos y a las garzas sagradas a salvo, bailaron y saltaron, y cubrieron de besos a Virata, que estaba sentado entre ellos sin prestar atención y con la túnica colgando, y lo ensalzaron con el nuevo nombre de «Rayo de la espada». Y llegaron más, cargaron el botín en carros, pero las ruedas se hundieron tanto bajo la carga que debían azuzar a los bueyes con aguijadas y las barcazas amenazaban con hundirse. Un mensajero saltó al río y se apresuró a llevar la noticia al rey, mientras los demás se demoraban junto al botín y celebraban su victoria. Entretanto, Virata permanecía sentado y silencioso como sumido en un sueño. Sólo alzó la voz una vez, cuando iban a despojar a los muertos de su ropa. Entonces se

levantó, ordenó disponer vigas y poner a los cadáveres sobre la leña, para que se quemaran y sus almas entraran limpias en la transformación. Los siervos se maravillaron de que hiciera eso con los conjurados, cuyos cuerpos serían desgarrados por los chacales de la selva y cuyos huesos serían blanqueados por la furia del sol. Pero hicieron conforme les había ordenado. Cuando las piras estuvieron preparadas, el propio Virata prendió el fuego y arrojó perfume y sándalo sobre la leña ardiente. Luego, volvió la cara y permaneció en silencio, hasta que la leña se fue desprendiendo en tizones y las brasas se hundieron en la ceniza del suelo.

Entretanto, los esclavos terminaron el puente que el día anterior habían comenzado ostentosamente los siervos del antirrey. Marchaban en cabeza los guerreros coronados con flores de plátano, luego seguían los siervos y los príncipes a caballo. Virata los dejó que se adelantaran, porque sus cánticos y aclamaciones le aturdían el alma; y aguardó antes de comenzar a andar, hasta que la distancia entre ellos y él fue conforme a su voluntad. Se detuvo en medio del puente, y contempló largo rato la corriente a un lado y al otro. Los guerreros que iban delante y detrás de él se detuvieron para mantener la distancia, y lo miraron asombrados. Y vieron cómo levantaba el brazo con la espada, como si quisiera blandirla contra el cielo, pero al bajar soltó la empuñadura y la espada cayó al agua. Varios

muchachos desnudos saltaron a la corriente desde las dos orillas para sacar de nuevo la espada a la superficie, suponiendo que se le había deslizado sin querer. Pero Virata los rechazó con severidad y continuó caminando con el rostro impasible y la expresión sombría entre los siervos maravillados. No salió de sus labios ni una palabra más, a lo largo de su regreso durante horas y horas por los caminos dorados de la patria.

Aún estaban lejos las puertas y las torres almenadas de Birwagh cuando se elevó una nube blanca hacia el cielo y se fue aproximando detrás de la polvareda que levantaba un gran séquito de caminantes y jinetes. Entonces se detuvieron al ver que venía el cortejo del rey, y prepararon alfombras sobre el camino para mostrar que salía a su encuentro el soberano, cuyas plantas jamás tocarían el polvo del suelo, desde la hora de su nacimiento hasta la muerte, cuando las llamas rodearan su cuerpo purificado. Ya se acercaba a lo lejos el rey, rodeado de sus pajes, montado sobre su viejísimo elefante. El elefante se puso de rodillas obedeciendo a la aguijada, y el rey descendió a la alfombra extendida. Virata quiso inclinarse ante su señor, pero el rey caminó hasta él y le dio un abrazo, lo cual era un honor hecho a una persona inferior, algo inaudito y jamás registrado en los libros. Virata hizo traer las garzas y, cuando batieron las alas blancas, estalló un júbilo tal que los caballos se encabritaron y los conductores

tuvieron que contener a los elefantes con las agujas. El rey, al ver los símbolos de la victoria, abrazó de nuevo a Virata e hizo señas a un servidor, que trajo la espada del ancestro heroico de Rajputa, la cual estaba custodiada en la cámara del tesoro regio desde hacía siete veces setecientos años, una espada cuya empuñadura era blanca con piedras preciosas, y en cuya hoja estaban escritas con signos de oro las palabras secretas de la victoria, en la escritura de los antepasados, que ya no conocían ni los sabios ni los sacerdotes del gran templo. Y el rey entregó a Virata la espada de las espadas, como don de su gratitud y símbolo de que, en lo sucesivo, sería el jefe de sus guerreros y guía de sus pueblos.

Pero Virata inclinó su rostro hacia la tierra y no lo levantó mientras decía:

—¿Puedo solicitar una merced al más clemente y una petición al más generoso de los reyes?

El rey lo miró y dijo:

—Está concedida, incluso antes de que levantes los ojos hacia mí. Y aunque pidas la mitad de mi reino, ya es tuyo en cuanto muevas tus labios.

Y así habló Virata:

—Entonces permite, oh mi rey, que esta espada se quede en la sala del tesoro. Porque he jurado en mi corazón no empuñar más espada alguna, desde que hoy maté a mi hermano, el único que nació del mismo vientre que yo, y que jugó conmigo en manos de mi madre.

El rey lo miró asombrado y luego dijo:

—En ese caso, sé sin espada el jefe de mis guerreros, de modo que tenga yo la certeza de que mi reino está a salvo de cualquier enemigo. Porque jamás uno de los héroes condujo mejor a un ejército contra fuerzas superiores. Toma mi cinturón como símbolo del poder, y este caballo mío, para que todos te reconozcan como el de más rango de mis guerreros.

Pero Virata inclinó de nuevo su rostro hacia la tierra y contestó:

—El invisible me ha enviado una señal y mi corazón la ha comprendido. Maté a mi hermano para que supiera que cualquiera que mata a una persona mata a su hermano. No puedo ser el jefe en la guerra, porque en la espada hay violencia, y la violencia es enemiga de la justicia. Quien participa en el pecado de matar es él mismo una persona muerta. Pero yo no quiero inspirar temor, y prefiero comer el pan del mendigo que cometer injusticia contra esa señal que he reconocido. La vida es un breve lapso en la eterna transformación, deja que viva mi parte como un justo.

El rostro del rey se ensombreció un instante, y en torno a él hubo un silencio de espanto, así como hubo antes una constelación de alborozo, pues jamás se oyó en los tiempos de los padres y los antepasados que un pretendiente se opusiera al soberano y que un príncipe no aceptara un regalo de su monarca. Pero entonces miró el soberano a las garzas sagradas,



el símbolo de la victoria que Virata había capturado, y su rostro se iluminó de nuevo cuando dijo:

—Virata, siempre te reconocí como valeroso frente a mis enemigos, y como justo ante todos los servidores de mi reino. Si he de prescindir de ti en la guerra, no quiero privarme de ti en mi servicio. Puesto que conoces la culpa y la valoras como un justo, serás el jefe de mis jueces y emitirás sentencia en la escalinata de mi palacio, para que la verdad esté preservada en mis muros y la justicia observada en el país.

Virata se inclinó ante el rey y dobló la rodilla como señal de gratitud. El rey hizo que se subiera al elefante a su lado, y regresaron a la ciudad de las sesenta torres, cuyo júbilo los rodeó de nuevo como un mar embravecido.

A la sombra del palacio, desde lo alto de la escalinata rosada, Virata pronunciaba la justicia en el nombre del rey desde la salida del sol hasta el ocaso. Pero su palabra era semejante a una balanza que tiembla mucho tiempo antes de señalar un peso. Su mirada penetraba con claridad en el alma del culpable, y sus preguntas escudriñaban en la profundidad del crimen tenaces como un tejón en la oscuridad de la tierra. Su veredicto era riguroso, pero nunca emitía sentencia en el mismo día, siempre interponía el fresco lapso de la noche entre la

audiencia y el fallo. Muchas veces le oían los suyos durante horas hasta la salida del sol, yendo y viniendo sin parar por la azotea de la casa, meditando sobre la justicia y la injusticia. Pero, antes de pronunciar una sentencia, sumergía las manos y la frente en el agua, para que su veredicto quedara liberado del calor de la pasión. Y siempre que lo pronunciaba, preguntaba al malhechor si su palabra le parecía equivocada. Pero rara vez sucedía que alguien le replicara, y solían besar mudos la peana de su asiento y aceptaban el castigo con la cabeza baja, como de la boca del dios.

Nunca se pronunció de la boca de Virata una pena de muerte, ni siquiera en el caso de los mayores culpables, y se oponía a quienes se la requerían. Porque temía la sangre. El pozo redondo de los antepasados de Rajputa, sobre cuyo borde el verdugo hacía agachar las cabezas para el golpe de gracia, y cuyas piedras estaban negras de la sangre coagulada, volvió a blanquearse con la lluvia y el paso de los años. Sin embargo, no aumentaron los malhechores en el país. Encerraba a los criminales en las mazmorras excavadas en la roca, o los enviaba a las montañas, donde debían picar piedra para las tapias de los jardines, o a los molinos arroceros junto al río, donde daban vueltas a las ruedas con los elefantes. Pero él honraba a la vida y la gente lo honraba a él, porque nunca se notó una falta en sus sentencias, ni desidia en sus preguntas, ni cólera en sus palabras.

Los campesinos venían de lejos en carros de búfalos con sus querellas para que él las resolviera, los sacerdotes escuchaban sus discursos, y el rey, su consejo. Su fama creció como el renuevo del bambú, erguido y brillante en una noche, y la gente olvidó su nombre antiguo, cuando lo ensalzaban como el «Rayo de la espada», y en el país de Rajputa lo nombraron en adelante la «Fuente de la justicia».

Entonces, el sexto año que Virata impartía justicia desde el graderío de la entrada a la corte, sucedió que unos denunciantes trajeron a un joven de la tribu de los Kazar, los salvajes que viven sobre las rocas y sirven a otros dioses. Tenía los pies desollados de tantos días de viaje y los fuertes brazos encadenados en cuatro vueltas para que no pudiera atacar a nadie, como prometía su mirada amenazadora y furiosa bajo las cejas sombrías. Lo pusieron en las escaleras y lo hicieron arrodillarse a la fuerza ante el juez, luego se inclinaron y levantaron las manos como señal de queja.

Virata miró asombrado a los extranjeros:

—¿Quiénes sois, hermanos, vosotros que venís de lejos, y quién es este que traéis encadenado ante mí?

El más anciano de ellos se inclinó y dijo:

—Somos pastores, señor, que vivimos en paz en el país oriental. Este hombre es el peor de la estirpe de los malos, un monstruo que ha golpeado a más hombres que dedos tiene en su mano. Un hombre de nuestra aldea le ha denegado a su hija

como esposa, porque ellos son de costumbres impías, comedores de perros y asesinos de vacas, y se la ha entregado a un comerciante para que sea su mujer. Entonces, en su ira, se ha metido en nuestro rebaño y, por la noche, les ha dado una paliza al padre y los tres hijos, y cada vez que un criado de ese padre conducía ganado hacia la frontera de las montañas, él lo mataba. Así ha quitado la vida a once de nuestra aldea. Hasta que nos juntamos y cazamos al malvado como a una fiera, y lo hemos traído al más justo de los jueces, para que liberes al país de este criminal violento.

Virata se encaró con el encadenado:

—¿Es verdad lo que dicen ellos?

—¿Quién eres tú? ¿Eres el rey?

—Soy Virata, su servidor y el servidor de la justicia. Me encargo de determinar la expiación de la culpa, y de separar la verdad de la falsedad.

El encadenado calló largo rato. Luego miró a Virata con intensidad:

—¿Cómo puedes saber desde lejos qué es verdadero y qué es falso, si tu sabiduría sólo bebe de lo que dice la gente?

—Tu réplica puede discutir con lo que ellos dicen, para que yo conozca la verdad.

El encadenado levantó las cejas con desdén:

—Yo no discuto con ellos. ¿Cómo puedes saber lo que hice si yo mismo no sé qué hacen mis manos cuando la ira se apodera de mí? He hecho justicia al

que vendió por dinero a una mujer, y a sus hijos y siervos. Que se quejen contra mí. Los desprecio y desprecio tu sentencia.

La ira se alzó como una tormenta entre ellos cuando oyeron que el incorregible injuriaba al juez justo, y el servidor del juzgado levantó su bastón espinoso para golpear. Pero Virata rechazó su ira con un gesto, y repitió de nuevo pregunta tras pregunta. Cada vez que le respondían los denunciadores, preguntaba de nuevo al encadenado. Pero él apretaba los dientes en una risa malvada y habló una sola vez:

—¿Cómo quieres obtener la verdad de las palabras de otros?

El sol del mediodía caía a plomo sobre sus cabezas cuando finalizaron las preguntas de Virata, y él se levantó y quiso, como de costumbre, irse a su casa y no emitir sentencia hasta el día siguiente. Pero los denunciadores levantaron las manos.

—Señor —dijeron—, caminamos a lo largo de siete días para ver tu rostro, y nos quedan otros siete hasta regresar a casa. No podemos esperar hasta mañana, porque el ganado se muere de sed sin agua, y los campos necesitan que los labremos. ¡Señor, te suplicamos, pronuncia tu sentencia!

Entonces Virata volvió a sentarse en la grada y meditó. Su rostro estaba tenso como el de alguien que lleva una carga pesada sobre su cabeza, porque nunca le había pasado pronunciar sentencia contra alguien que no hubiera suplicado gracia ni se hubiera